

TALIBANISMO CULTURAL

“Talibanismo” a secas supone mucho más, la destrucción masiva de personas, pero ahora comentamos el propósito y ejecución de destrucción cultural e histórica programada que ejercen algunas ideologías soidisant modernas y progres.

Tratando de hacer comprender a un poeta cubano judaizante lo comprensible de que hayan desaparecido todos los vestigios materiales de que hubo judíos hace más de medio milenio, en esta ciudad de la que hasta su nombre olvidaba el romancero, incluida alguna posible sinagoga, estoy repasando, entre otros testimonios bibliográficos, el Boletín Oficial de la Provincia de Zamora desde 1833, y documenta una historia de la destrucción de la ciudad, tan apasionante como la de la construcción.

La Zamora destruida es mayor que la Zamora en pie, refiriéndonos a los monumentos, no ya a los por nacer y nacidos, a los venidos y a los idos al otro lado del Duero. No hay que remontarse a Viriato ni a Almanzor. De niños hemos afinado el peón en los sedosos sillares de lienzos de muralla que ya no existen ni en escaparate. La Academia de la Historia no pudo con el Ayuntamiento empeñado en derribar la puerta de Santa Clara porque así lo exigen “las necesidades de los pueblos”. Por necesidad, por incuria o por saña se han arrasado hasta los cimientos decenas de monumentos históricos en la ciudad y alrededores. Tanto afán, gusto, ilusión o necesidad con la que un zamorano levantaba una piedra para ponerla sobre otra, para que venga otro y se la lleve como tapia de su corral. Con la de cantera y la de campo libre que hay por ahí.

Viene a cuento. Los antisistema podrían ahorrarse la destrucción de éste, si construyeran su sistema en el Sahara. Pueden construirlo ab ovo, o sea a su gusto. Si tanto les molesta no se explica que pongan tanto ahínco en ser sus dueños. Algo tendrá.

Pero ahora comentamos la destrucción sistemática por la autoridad constituida, de edificios tan monumentales como el convento de Jerónimos en Raviche o el convento de Dominicos en la Vega del Valderaduey, con la prescripción tajante de que “destruyan todo símbolo de la utilidad que tuvieron”. Así con centenares de monumentos por la provincia, a millares por toda España.

Es el talibanismo cultural, en este caso “liberal”, pero en otros, talibanismo “progresista” de la Carmena o del Guarido, es el lavado de cerebro social. Es la desmemoria histórica, o histórica, la destrucción del diferente, haciendo desaparecer sus signos ya que no pueden con sus hechos. En la inauguración del teatro de la Universidad Laboral de Zamora en junio de 1958, me alargó la mano don Carlos Pinilla y a punto estuve de besársela porque yo subía al estrado decidido a tomar la del señor Obispo don Eduardo Martínez. Para que estos mequetrefes revanchistas hagan la centésima parte de lo bueno que hizo el paisano de Cerecinos, no necesitan justificar nada de lo malo que hiciera. Si vamos a saldar cuentas, todas las cartas sobre la mesa.

Pero estamos ahora con la llamada “amortización” del siglo pasado no hace tanto. No hay que remontarse a la destrucción masiva de las invasoras huestes de Napoleón y Wellington que arrasaron por toda España lo que se reedificó tras las aceifas de Almanzor. Solo mentamos las autodestrucciones bélicas “civiles” intermitentes que desangraban la población y arrasaban monumentos.

Nos referimos ahora a la destrucción sistemática legal pacífica del patrimonio cultural en nombre de la ideología, en este caso “liberal”, el tsunami cultural de las leyes de amortización que, además, no amortizó ni desamortizó nada. Son capítulos sobre “la supresión de las órdenes religiosas” para el saqueo y la “venta de bienes nacionales”, que aparecen en la legislación bajo los epígrafes de “administración de rentas”, “arbitrios”,

por medio de “intendencias”, “juntas de enagenación”, “caja nacional de amortización”, “comisionados”. En las “subastas” y “remates” no hay empacho en anotar reiterativamente que “perteneció a”, o “idem de idem”, para que conste. Así se puede seguir cómo algunos apellidos actuales hincharon tanto su fortuna.

Los gobernantes, con anuencia de los gobernados, quitan lo que hacen y administran unos ciudadanos para que otros lo destruyan. Los quiñones, las fanegas de trigo, centeno y garrobas, consumidos fueron. En cuanto a los bienes no digeribles, fueron destruidos a millares arrancados de cuajo hasta los cimientos para cercar corrales y levantar cuadras. Son a lo más, ruinas para el romanticismo decimonónico que no envidian las de las culturas antiguas clásicas, como la otrora vital Moreruela o Castrotorafe sobre la orilla del Esla a dos leguas de mi pueblo. De muchas otras no quedan ni las ruinas, ni señal de por dónde iban los muros para apoyar la paranoia de cabalistas.

Remitiéndonos a Zamora, el listado de monumentos que se llevó la vorágine de la amortización es mayor que el de los que quedan en pie remendados de sus lesiones.

Y sobre el punto concreto que mueve esta búsqueda. El enclave de ladrillo macizo y piedra que el poeta cubano Jesús Jambrina pretende convertir al judaísmo haciendo de él “la sinagoga más antigua de España”, podría serlo, porque todo puede ser o puede hacerse que sea. Pero resulta que es una parte de una bodega de las de toda la vida zamorana, “con seis cubas”, que tiene su historia entre el medio centenar de bodegas solo en la ciudad de Zamora, ocho de ellas en las casas colindantes, una conserva una de las dos cubas en madera de roble de 750 cántaros. La susodicha bodega, con apellidos rancios castellanos está documentada desde el siglo XIII, adquirida por un notable notario público de Zamora, quien se le deja en testamento al Cabildo Catedralicio al siglo siguiente, hasta que llega la riada destructiva de la amortización “enagenante” de 1844 que precede a la inundación del Duero que arrasa doscientas casas en los Barrios Bajos en diciembre de 1860. En los plenos municipales de reconstrucción consta la transformación de lo que se marca como “bodega” expresamente, en “sótano, cuadra”. Luego llegó a sublimarse como local de copas, fin no ajeno a su prístino cometido. Ahora la quiere judaizar un desaprensivo descendiente de indianos venido a menos, que quiere venir a más. Pues fue bodega, no sinagoga, por mucha falsa propaganda que se pague para confundir con la opinión de zamora.

La abundancia de bodegas medievales en la ciudad de Zamora solo tiene parangón con la abundancia de edificaciones religiosas cristianas. De unas y de otras sí quedan algunos vestigios.

Se han destruido en los últimos decenios la mayor parte de las bodegas medievales de la capital de la Tierra del Pan y del Vino. Queda alguna que mantiene su nobleza como almacén y rastro de aperos. En Toro, como en toda la ribera del Duero, se están restaurando y salen de los subterráneos para lucir como bodegas de diseño.

La historia de la destrucción de la ciudad es la deconstrucción de la historia. Y nadie chista.

Bernardo Alonso Alonso
Zamora 2016/12/03